

Zeitschrift: Textiles suizos [Edición español]
Herausgeber: Oficina Suiza de Expansiòn Comercial
Band: - (1951)
Heft: [1]: Numero Especial

Artikel: Los textiles suizos y la moda de París
Autor: Gaumont-Lanvin, J.
DOI: <https://doi.org/10.5169/seals-796957>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. [Siehe Rechtliche Hinweise.](#)

Conditions d'utilisation

L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. [Voir Informations légales.](#)

Terms of use

The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. [See Legal notice.](#)

Download PDF: 18.05.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, <https://www.e-periodica.ch>

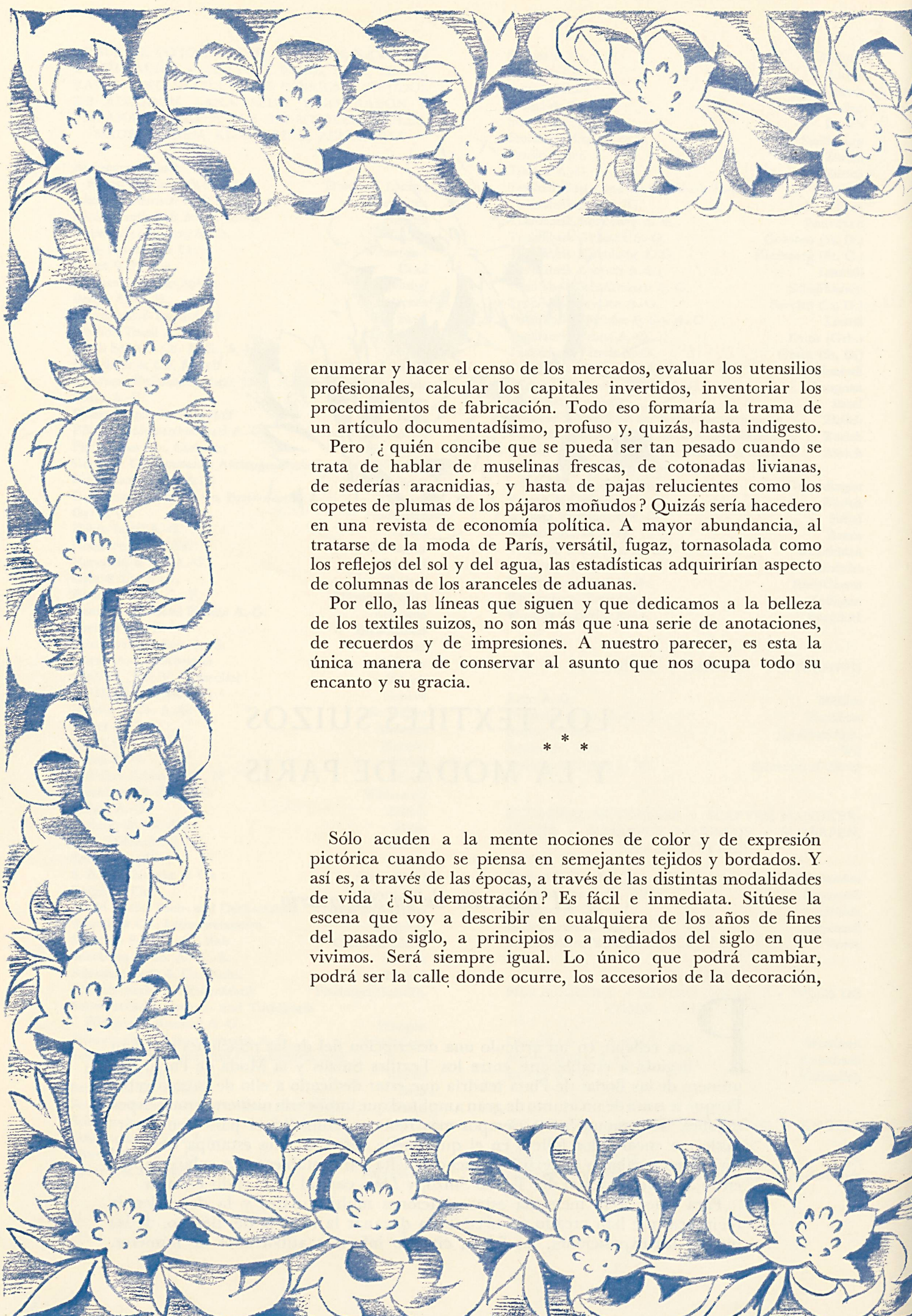


LOS TEXTILES SUIZOS Y LA MODA DE PARIS

A propósito de un aniversario

Para reflejar en un artículo una descripción fiel de las relaciones que han llegado a establecerse entre los Textiles Suizos y la Moda de París, este número de las Bodas de Plata tendría que estar dedicado a ello de cabo a rabo. Porque se trata de un asunto de gran amplitud que implicaría numerosísimas exposiciones. Se remonta a los tiempos más remotos, como basta para demostrárnoslo ese encantador folleto en el que puede verse, en una estampa de 1572, un correo a caballo galopando a rienda suelta para establecer un enlace rápido entre *San-Gall*, capital del Tejido Suizo, y *Lyon*, capital del Tejido Francés.

Para traer a la memoria estas relaciones multiseculares y la dependencia recíproca que han creado, se necesitaría devanar la madeja del tiempo, de las modas, las exposiciones, las ferias, citando informes atiborrados de números,



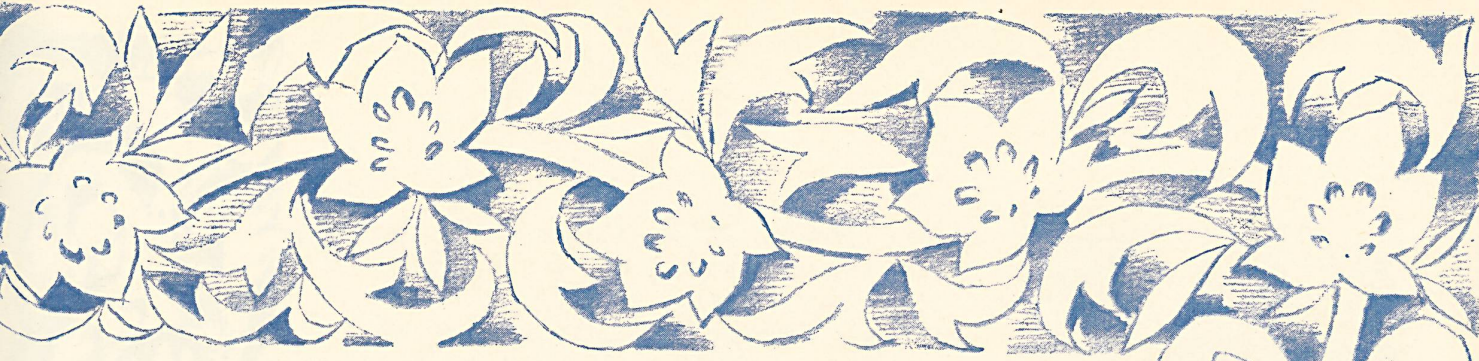
enumerar y hacer el censo de los mercados, evaluar los utensilios profesionales, calcular los capitales invertidos, inventariar los procedimientos de fabricación. Todo eso formaría la trama de un artículo documentadísimo, profuso y, quizás, hasta indigesto.

Pero ¿quién concibe que se pueda ser tan pesado cuando se trata de hablar de muselinas frescas, de cotonadas livianas, de sederías aracnidas, y hasta de pajas relucientes como los copetes de plumas de los pájaros moñudos? Quizás sería hacedero en una revista de economía política. A mayor abundancia, al tratarse de la moda de París, versátil, fugaz, tornasolada como los reflejos del sol y del agua, las estadísticas adquirirían aspecto de columnas de los aranceles de aduanas.

Por ello, las líneas que siguen y que dedicamos a la belleza de los textiles suizos, no son más que una serie de anotaciones, de recuerdos y de impresiones. A nuestro parecer, es esta la única manera de conservar al asunto que nos ocupa todo su encanto y su gracia.

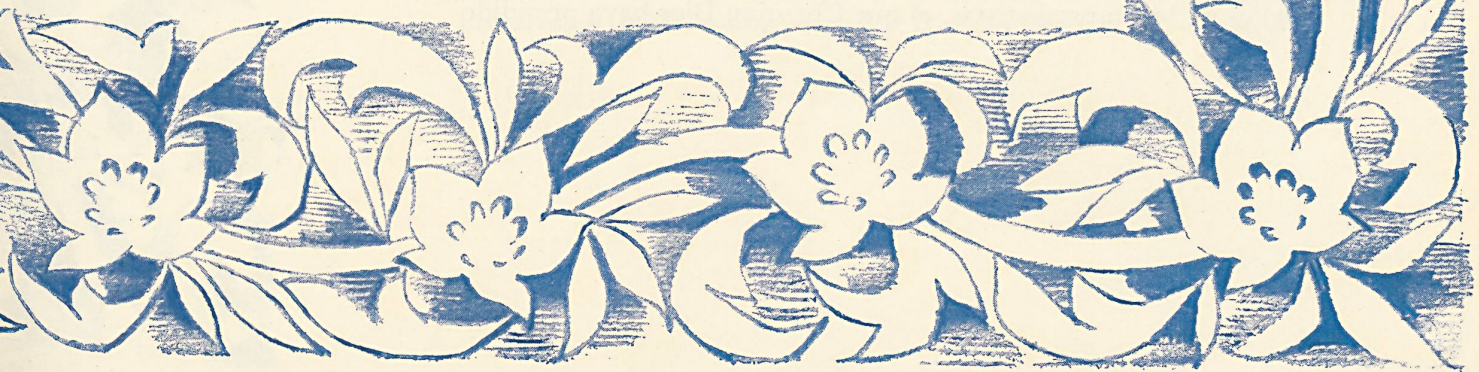
* * *

Sólo acuden a la mente nociones de color y de expresión pictórica cuando se piensa en semejantes tejidos y bordados. Y así es, a través de las épocas, a través de las distintas modalidades de vida ¿Su demostración? Es fácil e inmediata. Sitúese la escena que voy a describir en cualquiera de los años de fines del pasado siglo, a principios o a mediados del siglo en que vivimos. Será siempre igual. Lo único que podrá cambiar, podrá ser la calle donde ocurre, los accesorios de la decoración,



muebles pesados y dorados de antaño, muebles recargados de molduras de 1900, o, actuales, de estilo inglés. En la calle, es cierto, los coches ya no son los mismos, los Cadillac han suplantado a los cupés eléctricos Kriéger y a los carruajes con tiro en tándem o en biga. Pero el personaje principal y su imaginación son casi idénticos. Este personaje es el modisto. Está fatigado, por definición. Está rendido de crear y su inspiración se agota. En la calle, del otro lado de las ventanas, es el mes de enero. La nieve cae sobre París en copos blandos y livianos que se funden al llegar al suelo y se transforman en barro. Los reverberos forman círculos de randas de luz. Los cristales están empañados. Es el invierno de la ciudad. El modisto, cansado, apoya su frente sobre las vidrieras húmedas y frías. Piensa en la fecha, ya próxima, de las presentaciones, piensa en su fatiga, en la urgente necesidad de crear una colección de primavera. Trata de evocar, esforzándose, el sol. Y súbitamente, sobre la pantalla nívea y claroscuro, logra imaginarse ese sol que ilumina el oro de trigales salpicados del rojo de las amapolas y del azulado de los acianos. Ve una doncella cuya frente ambarina y cálida forma una mancha de sombra bajo la pastora y cuyo vestido detona en la ardiente luz del pleno mediodía, imagen de blanca pureza. Piensa en los organdíes con los que hubiera disfrutado adornando a Ofelia, en los encajes inmaculados sobre los que ondula dorada trenza, en las emociones púdicas, en las transparencias suaves. Su inspiración renace y, por fin, logra captar el asunto. Volviéndose hacia su ayudante que, en silencio, respeta la meditación del artista, su actividad se despierta: «Tráigame las muestras y las piezas de género suizo» y dibuja, o drapea y corta, y se renueva su fiebre creadora y su ardor a la obra.

* * *



Creedme que no se trata de una escena imaginaria. Así he visto en otro tiempo a aquella gran dama que se llamó Jeanne Lanvin estudiando esos, vuestros hermosos productos suizos con la mayor satisfacción. Así he visto también hace poco a Jacques Fath sonreír mirando un bordado, al imaginar instantáneamente como podía servir para iluminar un vestido.

Sería necesario citarlos todos, ellos, los modistos amantes de su oficio y del material hermoso, los que, de un solo vistazo se dan cuenta de tanta belleza.

Sólo viviendo en constante trato con ellos se llega a comprender esa alianza íntima que logran realizar entre el tejido y el vestido. Seguramente que un profano no puede llegar a comprender, cómo, en algunos minutos, pueden elegir entre cien tejidos los dos o tres que les gustan. Al pensar en los años de trabajo y de investigación que han necesitado esos tejidos, es sorprendente el verlos en pocos segundos, calibrados, valorados y, a menudo, rechazados. Pero una vez familiarizado con lo que es la creación, se da uno cuenta inmediatamente de la suma de técnica, de la precisión y del golpe de vista que ello presupone; gracias a ese tamiz que es París, los artistas y los tejedores pueden orientarse, y esto permite a la industria suiza de las artes textiles, que a París va en busca de su consagración, el irradiar a través de todo el mundo.

* * *

Al hojear esos libros en los que están reproducidos, desde hace un siglo, los principales patrones de esos tejidos gloriosos, se pasa revista a los temas de inspiración que han sido los de la Moda de París durante toda esa época. Y se siente uno en un clima, en un ambiente que desborda del de la costura, esto es, en el mundo de la representación coloreada.

No es por pura casualidad el que la Escuela de Pintura de París sea la primera del mundo desde hace un siglo y el que los modistos sean sus más fervientes partidarios. No se debe sólo al azar el que los museos públicos o particulares de Suiza, tanto en Zurich como en Winterthur o en otros puntos posean prestigiosas colecciones, el que Doucet, uno de los grandes creadores de antaño, poseyera una de las más bellas colecciones de cuadros de su época, el que Jeanne Lanvin o Molyneux hayan reunido los más bellos de los impresionistas, el que Christian Dior haya presidido





los azares de una galería de pinturas, el que Piguet tenga en su despacho un admirable lienzo de *Bérard*, el que todos procuren adquirir las obras de los pintores de París, el que en la vivienda de uno de los sederos de Zurich haya yo podido ver lienzos de gran prestigio. Esta comunidad en el Arte es el lazo de unión entre vuestra gente de los textiles y nuestros modistos. Y parece como un hecho intencional el que las pinturas más maravillosas evocan frecuentemente esos tejidos ligeros y transparentes que Suiza produce y que tanto agradan a nuestra costura.

Recordad el cuadro de *Claude Monet* que está en el Luvre y que representa, en 1867, unas mujeres en un jardín, sentadas o huyendo en un revuelo de muselinas bordadas; o aquel otro de *Renoir*, « Lise con la sombrilla », o la « Primavera » de *Manet*, o tales otros de *Toulouse-Lautrec* cual surtidores frufutantes, o los de *Helleu*, los de *Boldini*, los de *La Gandara*, y, más cerca de nosotros, esa joven pintada por *Matisse* en 1946, tendida sobre un tapiz encarnado, en la blancura estrellada de su vestido. No hay ni uno solo de estos lienzos que no haga pensar inmediatamente en un tejido suizo.

* * *

Cuando, movidos por la misma inspiración, por la misma preocupación sobre la belleza, fabricantes, artistas y creadores colaboran para arrancar a la materia su expresión, cuando todo esto se basa sobre una tradición y una mano de obra formada por veinte generaciones, no puede sorprender el que el resultado sobrepase las esperanzas. Baúles de Suiza que tantas veces he visto abrir, con sus pesadas tapas tapizadas de signos de la aduana y de los que se iban extrayendo las nieves de *San-Gall*, los tonos de cuello de tórtola de *Zurich*, las relucientes pajas de *Wohlen*, baúles de ilusionistas, atestados hasta reventar con artículos puros y suntuosos, vosotros que formabais el lazo de unión entre el productor engreído por sus ensayos, cargados de sus esperanzas, y, por otra parte, ese ser ligero que revolotea en torno de la luz, tal cual es el Modisto de *París*, que recuerda a los personajes de *Watteau*, vosotros baúles, se celebra hoy un tanto arbitrariamente vuestras bodas de Plata aunque hayáis sobrepasado ya las bodas de diamante. En cuanto os abren, los costureros ven, como en la bola de cristal de la vidente, los paisajes encantados de Suiza, los arroyos impetuosos, los lagos con sus reflejos de un verde

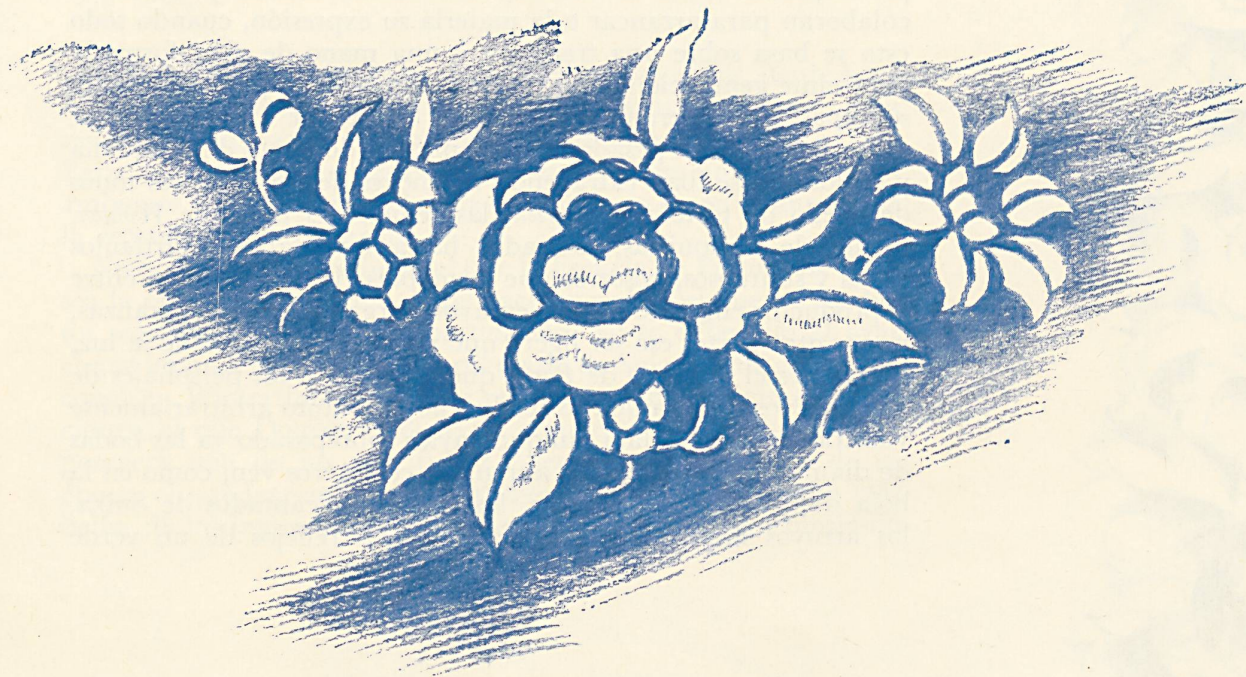
azulado, los chalets con sus postigos blasonados con colores vivos, las flores, los campos, el lujo, la calma y la belleza. Dos veces por año, nos aportais el mensaje de un mundo que no quiere morir, que confiere el mismo valor a todos los méritos humanos, que se rejuvenece incesantemente bañándose en las fuentes eternas. Por todas estas razones se os ama en París ya desde hace mucho, por ello se sigue amándoos. Esa simiente creadora de ensueño que contenéis es indispensable para la moda de París y ello os da derecho a nuestra gratitud.

J. GAUMONT-LANVIN

Paris, Febrero de 1951

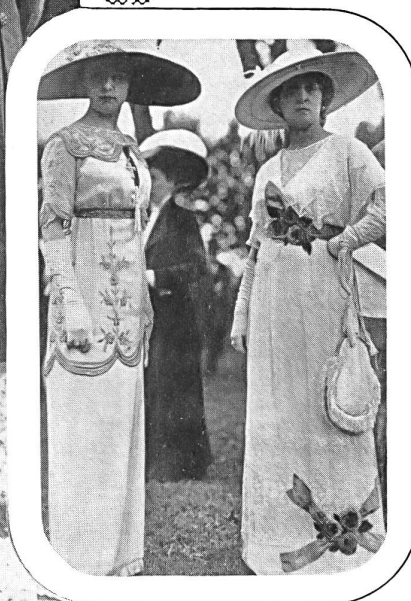
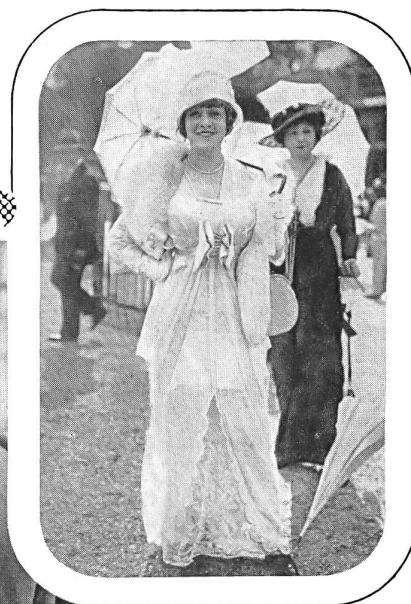
*Las ilustraciones de este artículo consisten en dibujos para bordados mecánicos de San-Gall de la «Colección Iklé» (Museo de las Artes Industriales, San-Gall) tomados de la obra
«La broderie mécanique 1828—1930»
Souvenirs et documents réunis par Ernest Iklé. A. Calavas, éditeur, Paris*

COMPOSICIÓN Y DIBUJOS POR FRANÇOIS LORRIS



PARIS

La broderie à la Belle Époque



CHRISTIAN DIOR

Broderie anglaise
de St-Gall,
revoilée de mousseline
de soie.

Photo Maywald



Telegramm - Télé

27

+ 6227 PARIS 29049 15

Erhalten — Reçu — Ricevuto

Stunde — Heure — Ora

Nom — Nom — Nom

No

EXPORTOFOIS TEXTILES SUISSES
LAUSANNE

= TOUTES MES FELICITATIONS ET VOEUX POUR LE 25EME
ANNIVERSAIRE = CHRISTIAN DIOR +

2 - MARS 1951